

Abrir la puerta para ir a jugar

En la actualidad, precisamos que la literatura y el arte vuelvan a ser ilegales, que las nuevas creaciones encarnen conductas alternativas e insumisas ante el poder, el lenguaje y demás factores que determinen hoy nuestras vidas."

Víctor Barrera Enderle

Coral Aguirre

Coral Aguirre (Bahía Blanca, Argentina) Dramaturga, narradora y ensayista. Entre otros, fue galardonada con el Premio Nacional de Dramaturgia en su país de origen, ha ganado en dos ocasiones el premio de guión cinematográfico convocado por la UNAM y el Instituto de la Revolución Mexicana, Premio en el XX Certamen Nacional de Ensayo Alfonso Reyes. Actualmente es catedrática en la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Todos los días enterramos a nuestros muertos: palabras, costumbres, seres queridos, casas, esquinas, barrios, edificios, ropas, utensilios, jergas, se nos deshacen en el tiempo. Su número es infinito. En el último año¹ nos hemos despedido de amigos invisibles, o que hemos atisbado de lejos, o a los que hemos visto pasar a nuestro costado sin atrevernos a detenerlos pero cuya amistad hemos gozado con fruición. José Emilio Pacheco, Juan Gelman y luego Vicente Leñero, hasta Julio Scherer. Conservamos la infancia del primero, la desafortunada denuncia poética del segundo, acaso aquel *Che* que se atrevió, primero que nadie a cantar el tercero, y la inaudita herencia periodística del último. No obstante a ellos y a nosotros sólo nos espera el olvido según la sabia templanza de Jorge Luis Borges:

“Hecho de polvo y tiempo, el hombre dura menos que la liviana melodía, que sólo es tiempo”. Ese mismo que ha de recuperar el barrio de Palermo y la mitología de sus cuchilleros para ponerle letra a la ciudad que más amó, Buenos Aires.

Ser estudiante de letras, o letrado en sonar antiguo, preparándose o ya listo para ejercer la palabra presupone un vasto programa de acentos y prioridades. Presupone un proyecto de memoria y responsabilidad estética. Si Vesta la diosa del fuego, propicia en sus vestales la permanencia de la llama que no debe apagarse, si Mnemosine, la diosa de la Memoria da a luz a sus nueve hijas para inspirar todas las creaciones de los seres humanos y hacerlos recordar a los creadores, si Homero como Virgilio u Horacio invocan a la musa de su tradición para que, posándose sobre su cabeza, les recuerde lo que saben pero que han olvidado, es porque la palabra sueña con un palabrista que no permita su desaparición. Porque nombrar es hacer presente, es hacer cierto.

En medio de las sombras que se obstinan cada día en oscurecerlo todo, Fuego y Memoria, son metáfora de lo que nosotros, la gente que escribe, que lee, que investiga, interpreta, analiza, explora y anota, estamos salvaguardando.

Así se me aparece hoy en día un vasto campo de trabajo ineludible. La creación merece toda la verdad posible. Y ello no se alcanza sino con el rigor de la investigación más puntual aun cuando se trate de escribir narrativa, ensayo, relato o crónica periodística. La poesía por su parte, incluye este rigor y una exploración suprema, la del propio ser en el mundo.

Remontándome a la edad que ahora tiene la mayoría de ustedes, no me veo con sus privilegios sino con mis carencias grandes. Era un tiempo de centralismos, de mirar a otra parte en lugar de a la tierra de uno; era la admiración por el Louvre y la Piedad, el regocijo por le Quartier Latin o la fuente de Trevi. Y si mirábamos en nuestro entorno, era la metrópoli y sus luces la que nos atraía. Soñábamos con Borges o Cortázar, nunca con Amalia Jamilis o Héctor Libertella, grandes escritores de mi patria chica. Una verdadera gesta suponía la de atrapar novedades que nos pusieran en el medio del país no a su costado. Hoy esta perspectiva se ha modificado. Ustedes, quiero creer, no intentan plantear novedades sobre Rulfo o Paz, sino sobre la gente de su tierra, sobre sus modos de crear, sobre la historia inserta en los bordes de las propias fronteras, fronteras de tiempos, de espacios, de actos y costumbres, de palabras que nombran lo nuevo y de las otras que se quedan rezagadas porque ya nadie las pronuncia. Y entre todas las cosas, quiero creer, ya han aprendido el camino de regreso, vale decir, el que nos regresa a las cosas antiguas que se han muerto y de las cuales nosotros somos los rescatistas. A través de ingente tarea de lecturas, de búsqueda de revistas y libros, de noticias y crónicas, de entrevistas y

¹ Esta ponencia se dictó en el marco del Congreso Nacional de Estudiantes de Lingüística y Literatura en Monterrey, Nuevo León, a finales de marzo del 2015. Hemos dejado el texto tal y como se presentó por lo cual no se añaden las fuentes de las citas sino sólo los autores. (N.E.)

grabaciones. Porque en ficción o ensayo, Mnemosine es esquiva y hay que perseguirla sin tregua.

Todo eso yo no lo sabía pero formaba parte de un grupo que quería crear una obra grande y duradera, sin saber cómo. Del mismo modo que ahora ustedes sueñan con la trascendencia de lo que va a ser su obra. El testimonio se vuelve imprescindible para puntualizar de lo que estamos hablando. Hijos del desierto, lejos de Buenos Aires tuvimos el privilegio, por razones ideológicas de ser presentados a quien, en Argentina, divide con su revista *Contorno*, el mundo de la crítica literaria en dos. Me refiero a David Viñas, el gran escritor argentino y voraz representante del compromiso que significa ser hijo de las Letras. La revista *Contorno* aparecida en 1953, lleva en sus alforjas las novedades que harán de nuestra crítica un parte-aguas en América Latina. Responsabilidad ética, responsabilidad del hacer profesional, responsabilidad de elegir las pautas con las que quiero abrir el mundo, responsabilidad política. Responsabilidad que alcanza a mi gente, mi comunidad, a los artificios estéticos que reflejan una sociedad, una cultura, una tradición. Responsabilidad que presupone mirar en derredor, indagar el entorno, revelar sus caracteres, leer la letra perdida, archivada, desdeñada, y traerla al presente y a la primera plana. Como Viñas y su equipo lo hacen con Roberto Arlt, el gran escritor porteño soslayado porque no respondía a los parámetros de la “alta literatura”.

Con él vamos a encontrarnos, oh privilegio, en su departamento a la vuelta de Corrientes y a tres pasos de la librería *Fausto*, paradigma de los buenos lectores. Llegamos con la ilusión de que nos abra el universo y se ocupe de nosotros acuciosamente. Lo hace pero de un modo que no imaginábamos. Le presentamos nuestro proyecto: contar la Conquista desde una perspectiva latinoamericana, revelar los entramados del Poder con la colonización más represiva que se pueda

imaginar y el genocidio del indio en nuestros pagos. Sus ojillos lanzan destellos, pero su voz nos alerta. ¿De Bahía Blanca? Sí, de Bahía Blanca, qué tiene que ver. Allí sucedió algo. Pues sí, la Conquista del Desierto pero de eso ya se han llenado páginas. Una huelga, ¿una huelga? Sí, en 1907, ¿en 1907? No entendemos nada. Entonces con la paciencia de un viejo shaman lento y suave nos habla de Ing. White. Nuestro puerto al que conocemos de memoria pero no su historia. Y nos enseña, uy cómo nos enseña. Hay revistas, hay crónicas, hay reportajes, está el archivo de la Nación, el archivo de la Cámara de diputados, están los panfletos de los anarquistas, los folletines socialistas, los periódicos oficiales, pueden encontrar sobrevivientes, familiares, compañeros, ir a los cementerios, comparar las lápidas, porque en esa huelga hay muertos, hay represión, hay militares que mandaron cargar contra los obreros...y mucho mucho más que nos deja con la boca abierta y sin aliento para retirarnos cargados de novedades y como recién nacidos.

Tres meses después, mismo departamento, misma calle, a la vuelta de la librería *Fausto*. Traemos un guión de la huelga de Ing. White de 200 páginas, 150 fotografías tomadas con aros de aproximación de periódicos y revistas nacionales, provinciales y locales, y la cabeza repleta por una historia que ahora nos hemos aprendido de memoria. Viñas está exultante. ¿Puedo quedarme con el material? Sí, porque hemos hecho copia de todo. Pero él no va a escribir la obra, lo haremos nosotros, dice con tanta sencillez, que hasta estamos dispuestos a creerle. Y así lo hacemos: *Puerto White 1907, Historia de una pueblada* se estrena en teatro 9 meses después y se vuelve un hito en la historia de nuestra ciudad. Los investigadores de la Universidad Nacional del Sur van a buscarnos para que les demos permiso para usar la investigación. Muchos de ellos obtienen becas,

incluso hasta el presente, y devienen miembros del CONYCEP por haber sacado a la luz una historia local que nadie conocía. Nuestras fotografías están archivadas en el Museo del Puerto e historiadores e investigadores las revitalizan con sus investigaciones periódicas.

Después de esta experiencia que me zambulle en la conciencia histórica, de la cual carecía, nunca más escribiré una letra si no surge del ejercicio riguroso de la investigación. Todavía recuerdo como un regalo más de David Viñas, al referirle mi interés por la creación femenina y en general por la mujer, sin saber todavía que estoy haciendo ejercicio de género, con la misma urgencia con la que vive, me envía *ipso facto*, a la librería *Fausto*, porque, me urge, allí hay una número completo de *Tiempos Modernos* la revista que dirigen Sartre y Merleau-Ponty, dedicado a la mujer. Hoy habita en mi biblioteca mexicana y es un permanente manantial para mis investigaciones alrededor de este tema.

Como Alicia, había estado en el umbral de la puerta sin atreverme a atravesar mi propio reflejo. Como ella, verme reflejada en el espejo me transformaba. Y como Bachelard lo señala tan bien en la *Poética del Espacio*: “la puerta es todo un cosmos de lo entreabierto (...). El origen mismo de un ensueño donde se acumula la tentación de abrir el ser en su trasfondo, el deseo de conquistar a todos los seres reticentes”. La investigación resulta así en puertas abiertas a la memoria. En apertura a otros mundos que me habitan y de los cuales no tenía noción. Investigar es al mismo tiempo que narrar, ser sujeto literario, volverse, como me pasó a mí, conciencia histórica.

Vuelvo a mi país de origen. En 2008 anduve por Buenos Aires para un proyecto de Memoria de Monterrey que algunos compañeros y yo traíamos entre dudas y certezas. Habían pasado casi cuarenta años desde mi bautismo con David

Viñas. Llegamos a ver un compañero de CERPAJ, el Consejo para la Paz y Justicia de América Latina, presidido por el premio Nobel de la Paz de 1980, Adolfo Pérez Esquivel. Gracias a ello, se nos abrieron las puertas de una casa sobre la avenida Corrientes que no lleva ninguna señal en su exterior pero que alberga la *Memoria Abierta* de mi país. Así se llama la institución y allí vi llegar maestros e investigadores, raza de toda laya para reconocer senderos, y llevarlos a las aulas, o bien para hacer retoñar la memoria en nuevos procesos investigativos. También pude advertir la dimensión de su trabajo, las bibliotecas destinadas a la historia reciente de Argentina, al perfil de cada uno y todos sus desaparecidos, a las hemerotecas que guardan el carácter de comunidades, barrios, pueblos, a la fototeca que da luz sobre las narraciones escritas.

“No puedes cruzarse la puerta sin encarnar una experiencia que estremezca y transfigure el ser”, dice Foucault. Desde el primer umbral cruzado, he sentido esa sensación de estremecimiento y transfiguración. Ha sido la manera que he encontrado de una resistencia estética al pasado ominoso o luminoso, pero que no estaba indexado en ninguna parte. De una nueva manera de encontrarme con los otros y de participar incluso para hacerme mexicana de verdad en esta tierra que he adoptado. Entonces mis narraciones desde aquel lejano encuentro con el Maestro de maestros se han visto iluminadas por la impronta de la investigación que les da organismo vivo y sensación de futuro porque viene del pasado.

Ser de letras se vuelve una condición suntuosa. Contamos con el ejercicio estético de la palabra y podemos vincularla a la Historia, la Sociología, la Geografía, Psicología, Antropología... en nuestras narraciones, sean ellas ficción o ensayo. Provinieron del acervo de bibliotecas y hemerotecas o del vasto mundo de la investigación de campo, en las voces de hombres y

mujeres de los pueblos o en la huella dejada en los archivos donde se ocultan la más de las veces tesoros insospechados. Las señales, los indicios de la vida y obra de la gente, es un itinerario que uno aprende a seguir como si anduviera iluminado, o en sueños, o en éxtasis. Así de intenso y enamorado el gesto de andar por mundos paralelos que pudiéramos compartir en nuestras narraciones. Así como me volví argentina, antes de serlo era un gesto no un acto, gracias a lo mismo, a la investigación del mundo en que habito, me volví mexicana. En esta experiencia de la mexicanidad cuento con dos etapas, la primera en Argentina, la segunda ya habitando esta tierra.

Según uno lo juegue, la literatura es una caja de sorpresas y por lo tanto una caja de regalos o bien una repetición con menos o más suerte, de lo que ya ha sido nombrado. Vuelta sobre Sor Juana Inés de la Cruz y tan lejos de su identidad mexicana, en mi pequeña ciudad de no más de 300.000 ha, si quería escribir una obra que en verdad hablara de su pasar por el mundo, debía investigar. Así que me hundí en la Biblioteca Rivadavia durante un mes entero y todos los días hasta la hora en que cerraba a las 9 pm. Allí encontré los libros más antiguos y las obras más increíbles alrededor de su vida, su tiempo y su obra. Todo lo investigué, desde las obras completas de Menéndez Plancarte y sus investigaciones sobre el arte colonial y la Nueva España, cuya área sobre Sor Juana resulta imprescindible a la hora de abordarla, pasando por las obras completas del colega y amigo Sigüenza y Góngora de Juana, del que no tenía la menor noticia, hasta los acontecimientos históricos de México durante el período que enmarca su vida: la revuelta popular en la capital, la traición de los virreyes para con ese pueblo muerto de hambre, el apoyo de la Iglesia a la cual le convenía predominar sobre el virreinato de la Nueva España, y por fin la peste de 1696.

Aquí debo hacer una acotación imprescindible. Nada de tanta investigación resuena con acento propio si no es que el creador también se incluya en ello. Qué quiero decir, la obra que abordo, sea ensayo o narrativa, teatro, cine o cuento, debe latir a la par del corazón que se compromete en el acto creativo. Para mí, encarnar a Sor Juana, ponerla en carne, significó asimismo hablar de mí. “En México me miran con sospecha” confiesa Sor Juana a sus amigos españoles. Opositora de la dictadura militar de mi país, eso sentía yo en Bahía Blanca. “Mi biblioteca, no, no me quiten mi biblioteca” dice Sor Juana, ante el poder de la Iglesia que le confisca sus libros. Esa era yo y era yo en medio del allanamiento más feroz que tuve que presenciar con mis libros arrojados al suelo, destazados, condenados al exilio junto conmigo misma. Con los tomos de la Historia Argentina de donde me sacan aquellos volúmenes de las luchas obreras y los movimientos sociales, con la colección de Historia del Teatro de donde arrancan y confiscan todas las revoluciones teatrales que esos volúmenes refieren. Sor Juana era yo, y no pudiera haberlo sabido tan bien sino a través de una investigación exhaustiva, si sólo me hubiera preocupado por dramatizar los aspectos que todo el mundo sabe.

La segunda ocasión en que me vuelvo habitante de esta tierra es recién llegada a Monterrey. El gran promotor cultural que fuera Celso Garza Guajardo a la sazón director de la Hacienda de San Pedro nos invita a conocerla. Recuerdo perfectamente mi impacto al ver unas fotografías muy grandes sobre la pared de una de las salas. Observo diablos danzantes, giros, colores, máscaras de venado. Me asombro. ¿Y eso de dónde es? Pregunto a Don Celso. Son de aquí me responde. No lo puedo creer, no suponía que Nuevo León guardara alguna tradición del mundo colonial. Celso Guajardo se obstina en

darme detalles y datos con los que yo pudiera seguir investigando. Me seduce pero enseguida me olvido. Años después tengo el privilegio de que me sea encomendada la tarea de relevamiento cultural por parte de CONARTE en el sur del Estado. Al momento de estacionar el auto en Galeana, advierto detrás de un autobús un inmenso mural con las mismas figuras danzantes, o al menos muy parecidas que me habían sorprendido en la Hacienda de San Pedro. El resto de la historia la cuento en *La Pasión del diablo, una visión enamorada*, mi primera investigación en esta parte del mundo.

Así pudiéramos decir que las estrategias para investigar pueden llegar a ser múltiples pero todas llevan consigo una premisa que nos vuelve más humanos: luchar en contra del olvido y al mismo tiempo amplificar nuestra mismidad. Dice León Tolstoi: “Mi propiedad es lo que me han dado, lo que me pertenece sólo a mí, aquello de lo que puedo hacer siempre lo que quiera, lo que nadie me podrá arrebatar, lo que seguirá siendo mío hasta el fin de mis días y lo que debo usar, acrecentar, mejorar. Esa propiedad de cada hombre es él mismo.”

Contamos con nuestra inteligencia sensible, con nuestra imaginación creadora, contamos con nuestra historia y la llave para viajar por ella. Esto no se reduce al estudio sino sobre todo a la investigación: llave maestra que nos abre las puertas para salir a jugar.

Pero esa llave tiene sus secretos o sus vueltas según como se mire. Quiero puntualizar aquí con el mayor rigor que escribir significa ante todo hacernos responsables de la puerta que atravesaremos; no se trata sólo que se caiga el espejo y que al traspasarla nos encontremos en el país de las maravillas donde todo está vuelto del revés o patas para arriba que es lo mismo. Porque detrás de la puerta, la jaula del lenguaje y sus formas discursivas se han venido abajo. Al estar

todo revuelto hay que ordenarlo desde el propio ser que nos habita y habita el mundo. Lo cual significa para mí, se trate de ficción o ensayo, de fantasía o investigación científica, de dar cuenta del pasado o del presente, de ponerle cimientos a la fábula o la nota periodística, de problematizar nuestra mirada. Así hay cuatro aspectos ineludibles que considerar: raza, clase, época y género. No se puede crear un personaje o ensayar un proceso histórico por ejemplo, si no cabe en nuestra exploración la condición antropológica o antropología biológica, la condición social, la condición histórica y la condición femenina. ¿Por qué? Porque raza, clase, época y género son construcciones que en tanto políticas, a su vez han devenido en construcciones culturales y hemos dejado de problematizarlas porque las damos por sentadas. El creador, el investigador no puede proceder así. La puerta se ha abierto para que ponderemos las novedades. No podemos sabotear el acto luminoso del hallazgo porque, livianamente, aceptamos la costumbre sin cuestionarla. Ejemplos sobran, no es lo mismo el amor de la Edad Media que el del presente como no es lo mismo el sentido del pudor en diversas sociedades ni el concepto del honor propuesto por la política de Estado en el hombre y la mujer y así hasta el infinito. Escribir sobre ello es una responsabilidad que se avala por medio del estudio riguroso de cada uno de estos cuatro componentes. Raza, Clase, Historia, Género.

Y hay un área de estudios de investigación que yo quisiera subrayar. No lleguemos demasiado tarde a nuestra conciencia histórica. No permanezcamos al borde de lo que es la mayor riqueza con la que contamos. No nos recibamos de habitantes del mundo sin primero serlo de nuestra propia tierra. Hay un continente que espera cada día nuestra exploración amorosa y no es otro que América Latina, y de esta nuestra América, como aprendimos a decir siguiendo a

Martí y luego a Rodó y mejor con Mariátegui y después con Gabriela Mistral y por fin con nuestros pensadores actuales, nuestro propio país, y de ahí, a Icamole o Macondo, el pedacito de terruño que guarda ese modo de ser que tenemos. Donde nuestros padres son la huella primera pero que si rascamos tozudamente de lo que estamos hechos nos encontraremos con maravillas inimaginables. Así me pasó a mí que vine a ser de Argentina mucho tiempo después de residir en ella toda mi vida.

Porque si Borges es argentino, lo es primero porteño, de su ciudad, de Buenos Aires, y a mí

me da risa cuando dicen que es tan universal y tan extranjero. ¡Extranjero Borges si nos pinta mejor que nadie! ¡Extranjero Borges cuando dice de lo que estamos hechos como ninguno! ¡Extranjero Borges que cuando describe una ciudad europea no deja de nombrar a Buenos Aires en el modo de sus esquinas, en el volumen de sus muros, en las texturas de su lengua! Cuánto andar buceando en las bibliotecas es cierto, pero cuánto más palpando las hechuras de la luz en la dimensión de la pampa.

Dicen expertos de la Educación para América Latina en la voz de Simon Schwartzman que:

En los próximos quince años, la educación de América Latina y el Caribe sufrirá los impactos negativos del estancamiento económico, la inestabilidad política y la decreciente capacidad de los gobiernos para desarrollar políticas sociales sustentables y de largo plazo. La globalización económica y cultural tendrá un impacto fuertemente negativo en la región, aumentando los ya considerablemente altos niveles de desigualdad y marginación social. Las instituciones educativas se verán transformadas por tendencias como la universalización de la educación inicial, la creciente relevancia de la ciencia y la tecnología en el programa de estudios de educación básica.

Y nosotros qué vamos a hacer en ciudades parceladas como islas donde se pierde día a día el concepto de comunidad. Qué vamos a hacer con *malls* que reemplazan los parques y los jardines, el convivio de los barrios y los vínculos que crea la espontánea manera de habitar la misma ciudad. Qué vamos a hacer con una educación que se universaliza tanto que ya no reconocemos qué es lo nuestro o dónde se halla. Cómo seré yo argentina o mexicana si en Monterrey como en Bahía Blanca lo que predomina es la semejanza mimética de la oferta y la demanda. Con sus hileras y sus cúmulos de objetos iguales, de procedencia generalizada, de pilas de simulacros de alguna parte del mundo en donde antes reconocíamos una cultura y un sabor.

Cómo afianzar nuestra identidad cultural latinoamericana y regional en un mundo que

nos quiere igualitos para no tener ningún tipo de conflicto ni económico, ni ideológico, ni socio-cultural. Con programas educativos en donde las competencias están por encima de los saberes de la cabeza reunida con el corazón.

El trabajo de investigación se vuelve entonces imprescindible para hacer de la globalización un rico racimo de grupos heterogéneos, marcando cada uno su huella, su modo de ser, su cultura propia, en la medida en que vayamos en busca de esas diferencias a las hemerotecas y bibliotecas, al testimonio de la gente de edad avanzada, a los establecimientos donde se guardan, anquilosadas, señales de identidad y acervo propio. Hay que obstinarse en ello. Mientras no exploremos publicaciones y memorias, modos de pensamiento inscriptos en el lenguaje, modos de valorar su presente, los hechos políti-

cos y culturales, y el impacto que ellos han tenido en la conciencia colectiva de un grupo, un pueblo, una comunidad, nos habremos perdido la oportunidad no sólo de robustecer nuestra identidad sino que la habremos vuelto una identidad filisteá, o en todo caso amnésica. O sea una suerte de prótesis identitaria.

Es aquí donde nuestra profesión de Letras, de artes, de creación, de enseñanza, adquiere el rigor de una estética de la resistencia.

Si a aquel grupo que fue a entrevistarse con David Viñas le hubiera parecido demasiado compromiso o demasiado poco la tarea de investigar la huelga de 1907 en su propio puerto, o si por el contrario no nos hubiéramos empeñado, tanto nosotros como creadores como nuestra propia comunidad, habríamos perdido la oportunidad de sabernos mejor. Parafraseando al Zorro del *Principito*, ahora cuando nos paseamos por sus muelles el color del mar o las maderas de los embarcaderos, el ancho de la riada, o las boyas que marcan la costa, nos recuerdan una gesta, unos hombres desesperados que pudieron ser nuestros abuelos o antepasados, que por primera vez en esa parte del mundo llamaron a paro nacional. Del mismo modo que no puedo recorrer la Sierra Madre Oriental sin que me aparezcan la gracia y el desafío de los chamucos que no representan otra cosa que a los chichimecas que no se doblegaron nunca. Porque si yo no hubiera investigado así, el libro del español Alonso de León, sobre la barbarie de los indios del Norte, me hubiera parecido hasta creíble. Pero claro, llevo entre mis penates el rito descubierto, la ceremonia milenaria de la siembra del maíz hecha gesto dancístico, tengo para mí el paisaje de rocas y pasadizos entre cerros desde donde el chichimeca asaltaba a los blancos y los vencía. Y puedo dar fehacientemente otra versión de aquella cultura que nada tenía de bárbara. Si la puerta que hemos atravesado nos lleva a esta revelación, como me ha sucedido a mí, ni el color del cerro, ni una calle

o recodo, ni un cúmulo de piedras en cierto paraje, nos dejarán indiferentes, porque estaremos haciendo de la mirada el hojaldre del tiempo, del antes que lo precedió, del ahora que me nombra.

Porque si el mundo es lenguaje de qué otra manera podemos ejercer lo que somos sino a través de la palabra. Y esa palabra nos lleva a otras y a otras acumuladas en el impulso de trascender y hacerse presente en todo tiempo y lugar. Nos lleva a obstinados salvaguardadores de su época, a escritores anónimos ocultos en la diversidad del hacer literario, enamorados de la palabra coloquial, generosa en desmanes lingüísticos, testigos acuciosos de su presente, dando testimonio de la particularidad en la que nadie repara. Nos lleva a los periódicos y a las publicaciones de toda índole, a los carteles, y sus caricaturas. Porque tampoco hay una sola palabra para decir Literatura, hacer literatura son muchas opciones, y muchos modos. Nunca supe tanto del movimiento obrero contestatario argentino impulsado por anarquistas y socialistas como al enfrentarme con viejas revistas y periódicos como *La Protesta*, *La Vanguardia*, y otras, a los íconos de las luchas obreras, o bien a la caricatura de las clases altas, señaladas descarnadamente en esos dibujos de trazo grueso y poderoso. En el Hospicio Cabañas el año pasado pude recorrer mi propia memoria y mis propias investigaciones al tenerlos delante nuevamente. Tapas y contratapas, páginas amarillas de tan viejas, relatándome nuevamente la permanente historia de ricos y pobres, de injusticias y protestas, allí bajo las vitrinas que daban cuenta como ninguna otra expresión, de mi historia y mi gente. Ni las obras de teatro que vi, ni las conferencias y pláticas en el marco de la Feria, me pusieron tan cerca de mi índole como esas humildes revistas hechas a corazón abierto. Ni me emocionaron tanto. Allí en Guadalupe, en el Cabañas asistía yo a un pedazo de mi tierra natal, de lo que estoy hecha.

Hay acervos en Nuevo León que los están esperando. La Capilla Alfonsina guarda tesoros increíbles. Recuerdo todavía con sorpresa y emoción encontrarme allí con la primera crítica teatral a una obra estrenada aquí de Carlos Barrera, de fecha tan antigua como 1907 en la revista *Renacimiento*. Cada Estado, cada ciudad debe esconder en centros de estudio e investigación, en museos y bibliotecas, en archivos oficiales, la huella de gestas de la memoria, de crónicas, reportajes, anales, artículos, biografías, y vaya a saber cuánto más, que resulta perentorio ir a rescatar.

No obstante al menos yo, no puedo, a fuer de traicionar mis objetivos, reducir una investigación al señalamiento de la ausencia de obras impresas, manuscritos de difícil acceso, o bien desaparecidos, extraviados, o incendiados junto con la arquitectura que los vio nacer. Hay otros modos y son las referencias contenidas en libros y revistas, los datos albergados la más de las veces con cierto descuido pero que dan cuenta de hechos y ofrecen noticias sugestivas a propósito de nuestro tema. Hay que trabajar sobre ello, acuciosamente, sin doblegarse.

Así la creación personal, la ficción imaginada o el vuelo de un ensayo, será nuestra de verdad. No habrá la impresión psicológica sino la contundencia de un estado de cosas que retrotraemos a la página. No la vaga impresión de los sentimientos y pasiones sino vivificados por la particularidad de acontecimientos y hechos no necesariamente históricos, sin embargo vueltos ciertos por la red de itinerarios que prefigura.

No hagamos de nosotros mismos una imagen especular, no observemos la realidad sólo en función de nuestros deseos o necesidades, disolvamos nuestro solipsismo en la permanente experiencia de abrir las puertas para ir a jugar con los otros. Con otros, otros que no habíamos previsto. Abrir líneas de investigación junto a los maestros, dilatar los propios espacios investigativos junto a compañeros y mentores. Y eso significa irnos de paseo por el laberinto de nuestros acervos. Encontrar la palabra que todavía no ha sido revelada, desandar el tiempo y hacerlo arcilla en nuestros relatos que dirán lo que hemos sido, lo que estamos siendo, pero sobre todas las cosas lo que seremos y a lo cual habremos contribuido con las puertas que nos atrevimos a abrir.

Coral Aguirre 2015-02-11